



Dr. ENRIQUE ENCINAS

(1895 - 1971)

ENRIQUE ENCINAS: MAESTRO PARADIGMATICO

Por JAVIER MARIATEGUI

De Enrique Encinas había oído hablar desde mi infancia, siempre relacionado a José Antonio, su hermano, educador y político de condiciones excepcionales. Como Rector de San Marcos había puesto en marcha, en 1931, los ideales de la Reforma Universitaria y los modernos conceptos de educación superior (1). Refiriéndose a José Antonio Encinas el escritor francés Paul Morand, en su relato de viajes intitulado *Aire Indio* caricaturiza al Rector de San Marcos como “un joven ardientemente comunista” —rara avis en estas latitudes— que había “instituido en su Universidad verdaderos *Soviets*, en que los estudiantes escogen ellos mismos sus programas y sus profesores” (2). José Antonio, maestro por antonomasia, cuyo centenario conmemoramos este año, tuvo más de una contribución a las disciplinas de la Salud Mental. Como auténtico pedagogo, estimaba de la mayor importancia los factores psicológicos y emocionales en la relación con los educandos. *Higiene Mental* (3), para mencionar sólo uno de sus libros, es expresión singular de un maestro consecuente con su destino histórico.

Pero estamos recordando a Don Enrique, su hermano menor, quien profesaba una admiración contagiosa por José Antonio, de tal magnitud, que este texto, que intenta evocar a Don Enrique, no puede prescindir de José Antonio. Valga una precisión de orden histórico: memora Juan Francisco Valega, que fue José Antonio quien le presentó a Enrique a su arribo a Lima, después de culminar exitosamente los estudios de premédicas en la Universidad de Arequipa. Compartían la misma habitación —amplia, como todo caserón limeño—, en la vecindad del local central de San Marcos (conocido como “La Casona” por

1. El proceso universitario reformista en nuestro país, en el comienzo de la década del 30, está analizado en el libro de José Antonio Encinas, *La Reforma Universitaria en el Perú 1930-1932*, Ediciones 881, recién publicado en 1973. Desde la posición estudiantil, Cf. Tomás Escajadillo (1931): *La Revolución Universitaria de 1930*, Imp. Sanmarti, Lima.

2. Paul Morand (1888-1976) escritor y literato francés nacido en Rusia. Autor de *Abierto de Noche*, *Cerrado de Noche*, *La Europa Galante*, etc., escribió sobre viajes y *Aire Indio* es una muestra expresiva de ello. José Carlos Mariátegui escribió sobre Morand un artículo publicado en *Variadas* (Lima, 9 de enero de 1926), acentuando el cosmopolitismo de su literatura, en el que lo califica de un “internacionalista sin internacional”, producto de diversos climas, diversas latitudes, diversas lenguas”. Por consejo de Lord Alfred Douglas —el amigo de Oscar Wilde—, fue enviado a estudiar a Oxford, deviniendo después en diplomático. La literatura de Morand, señala Mariátegui, es una literatura de decadencia, “la fauna de sus novelas es una fauna elegante y mundanamente teratológica [...] su escenario es la noche”, “como se hace vivir a los cultivos de gérmenes en la estufa de los laboratorios”. Morand siente en su alma “la decadencia, el crepúsculo”. En: J. C. Mariátegui (1959): “Paul Morand” en *Signos y Obras*, Vol. 7 de *Obras Completas*, Empresa Editora Amauta, Lima, 1959. En una presentación de Encinas en “Insula” de Miraflores, César Miró ironizó sobre el título del libro de Morand *Aire Indio*, diciendo que más tiene de “aire” que de “indio”.

3. José Antonio Encinas (1946): *Higiene Mental*. Editorial Ercilla, Santiago de Chile.

las generaciones recientes). Enrique Encinas estuvo vinculado al movimiento de Reforma Universitaria por esta razón y por otras muchas, que no es el caso reproducir en esta nota testimonial, necesariamente limitada en espacio (4).

* * *

Enrique Encinas nació el 21 de marzo de 1895 en la Ciudad de Puno —“a las orillas más hermosas del lago más azul que Dios puso al servicio de labradores”, como el mismo calificara su tierra natal—. Sus padres fueron Don Mariano Encinas y Doña Matilde Franco. Por rama paterna era de cepa vasca, bilbaína (5).

Su infancia está enmarcada en escenario bucólico. “Mis primeros maestros fueron mis amigos infantes campesinos . . . los niños aborígenes de la parcialidad de Yanaqué, en el distrito de Acora, valle paradisíaco situado a 3,800 metros sobre el nivel del mar”, escribió en un hermoso discurso autobiográfico (6). “Como vivían días íntegros en el total y en las peñolerías de las cuestas, no había secreto de la Naturaleza que desconocieran. Colonos en su mundo en sus tantos y mil viajes habían descubierto dominios variadísimos y extensos, donde otras vidas palpitan. Un día a la salida del poblado me mostraron, en las grietas de unos roquedales y cerca a una fuente de vertiente cristalina, unos batracios negrísimos y mínimos. . . en las vecindades y fondo de pozos hondos de agua muy transparente, vivía otra variedad de batracios. . . que permanecían en el agua sin salir” (6). A la observación de los batracios, seguía la de los insectos. La temprana relación con la naturaleza despertó en Encinas esa curiosidad característica que se encuentra en el genuino hombre de ciencia. Con este espontáneo discurrir por el campo, se daban las lecturas pertinentes: una de las primeras obras que su padre le encargara de Lima fue la célebre del escritor y entomólogo francés Jean Henri Fabre *Recuerdos Entomológicos*, uno de los libros predilectos de la adolescencia inicial de Encinas.

Comienza la escolaridad primero en la Escuela Fiscal y después en el Centro Escolar 881, que dirigía su hermano José Antonio y que fuera el marco de “un ensayo de escuela nueva en el Perú” (7). Su

4. Juan Francisco Valega (1955-1986): Comunicación personal.

5. Los hermanos Encinas fueron nueve, cinco varones, José Antonio, Manuel Eduardo, Mariano Moisés —odontólogo, fallecido trágicamente en plena juventud—, Enrique y Víctor Vicente, y cuatro mujeres, Nicolasa Victoria, María Asunción, Guillermina y María Aurora. En la época de la niñez de Encinas el 95% de la población era colla-aymara con mezcla uro-chipaya y quechua; la población blanca, de origen vasco o andaluz.

6. Discurso leído en ocasión del homenaje tributado a Enrique Encinas por el Cuerpo Médico del Hospital “Víctor Larco Herrera”, con motivo de haber sido distinguido con la Orden “Hipólito Unanue”, en su grado máximo, por el Ministro de Salud de entonces (marzo de 1968), Javier Arias Stella.

7. José Antonio Encinas (1932): *Un ensayo de escuela nueva en el Perú*, Editorial Mi-nera, Lima.

inquietud juvenil se dio también en el campo de la producción escrita: con Gamaliel Churata produjo un periódico de aula, caligrafiado y de formato reducido, titulado significativamente "El Profeta" con un tiraje de cuatro ejemplares (8). Encinas cursó la secundaria en el célebre Colegio Nacional de San Carlos de Puno, fundado por disposición de Bolívar, del que egresó con la más alta distinción.

Decidido por inclinación vocacional por las ciencias naturales y la medicina, ingresó a la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional del Gran Padre San Agustín de Arequipa, donde elaboró, para el bachillerato, una interesante monografía titulada "Craneología Incaica", uno de los primeros trabajos sobre las trepanaciones craneanas en el Antiguo Perú, que mereció la medalla de plata del concurso organizado por la Federación de Estudiantes de Arequipa. Para iniciar estudios médicos se trasladó a Lima, para matricularse en 1916 en la entonces única Facultad de Medicina, la de San Fernando, de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos(9).

Egresó de San Fernando en 1923, graduándose de bachiller en medicina con la tesis "Geografía Médica en el Perú", demostrativa de su interés mantenido por la temática nacional. Tres maestros marcan impronta decisoria en sus años de estudiante de medicina: Julián Arce, Carlos Monge Medrano y Hermilio Valdizán (10). Con Monge la relación se extendería a lo largo de la vida. Monge era entonces un médico brillante, de formación clínica francesa, graduado en Medicina Tropical en Londres. Encinas formó parte del primer grupo y de la primera expedición científica de biología y medicina andinas en 1927. Era la época en que Encinas trabajaba activamente en clínica médica, al lado de Monge (11) y precisamente sus condiciones de clínico lo llevaron a aceptar una invitación de Valdizán para trabajar como médico

8. Gamaliel Churata (1968): "Enrique Encinas, precursor de las escuelas de periodismo", en *Homenaje al Dr. Enrique Encinas*, ofrecido por los Profesores, Alumnos y Ex-alumnos del Colegio Dalton, Editorial Guía Lescano.

9. Enrique Fernández precisa, en un excelente trabajo laudatorio de Encinas leído en la Academia Nacional de Medicina en 1972, que en los dos primeros años Don Enrique en Lima se dedicó a la docencia en una escuelita de la Calle de La Chacarilla. Recién en 1916 ingresó a San Fernando. Eran años difíciles, pese a la tutela de su hermano José Antonio. Aficionado al piano, tocaba "en el cine Leuro de Miraflores para ganarse unos soles que a más que a otros estudiantes buena falta le hacían". Estamos en la época del cine mudo en que la música del piano acompañaba la exhibición de la película. En carta a Hugo Lumbreras, señala que "lo primero que compré con unos dineros que me cayeron por primera vez en los trajines médicos, fue un piano "Bechstein" "(Elogio del Académico Profesor Enrique Encinas...").

10. Más tarde, al dedicar su tesis doctoral, agrega el reconocimiento de "sus maestros", en el que menciona, además de Carlos Monge, a Honorio Delgado y Daniel Mackehenie.

11. La Resolución Rectoral N° 237 del 28 de agosto de 1928, ratifica "el nombramiento de Catedrático Interino de Nosografía Médica, hecho en la Facultad de Medicina, a favor del Jefe de Trabajos Prácticos de dicho Curso, Dr. Enrique Encinas, durante la licencia concedida al Principal Dr. Carlos Monge". Suscribe la Resolución el Rector de entonces, Don Alejandro O. Deustua, exponente de la Filosofía en nuestro país. También es pertinente recordar que Encinas fue Secretario de la Facultad de Medicina de modo interino, en reemplazo de Valdizán, en 1928, durante el Decanato del Profesor Guillermo Gastañeta.

asistente en el Servicio de Admisión del entonces llamado Asilo Colonia "Víctor Larco Herrera" (12).

La relación de Encinas con Valdizán fue estrecha e intensa: ambos eran provincianos que habían logrado destacar a costa de gran esfuerzo en la Capital, en tiempos en que los procedentes del "interior", los "serranos", eran de alguna manera discriminados.

Encinas aplicaba a los demás el rigor que se imponía a sí mismo. Cuando se enteró que Valdizán había aceptado una candidatura a diputado por Huánuco en la lista oficialista del Presidente Leguía —y objeto de un banquete ofrecido por sus incitadores que contó con copiosa concurrencia y que fuera destacada en las publicaciones de ese tiempo (la revista *Mundial* entre las principales)— Don Enrique le hizo saber su disconformidad casi con rudeza. Así lo testimonia Valega (4). Valdizán, espíritu de gran sensibilidad, no solo renunció a la candidatura: quedó por un tiempo afectado por esta necesaria llamada a la realidad. No olvidemos que era la etapa final, de grave descomposición moral, del leguismo, en la que personajes arribistas de todo pelaje subían al carro carnavalesco del oficialismo. Quizá si debemos a Encinas, a su directo y expreso juicio adverso, que Valdizán, en el último año de su vida, evitara una elección que, entendida por el maestro como un modo de contribuir desde la función legislativa a la ayuda de su departamento —cuya realidad conocía como pocos—, mancillara su limpia trayectoria con una nota desfavorable de participación política. No olvidemos que el mentidero político criollo alimentó, más de una vez, la burda especie que en el Asilo Colonial de La Magdalena se daba cabida

12. Es interesante examinar la "ficha" de Encinas como servidor de la Beneficencia Pública de Lima en el Hospital "Víctor Larco Herrera". Ingresó al mismo, como ya se señaló, en enero de 1927, "nombrado por la Inspección del Hospital como Médico Auxiliar con un haber de S/. 150.00 como asistente del Servicio de Admisión", dependiente directamente de la Dirección del establecimiento a cargo de Hermilio Valdizán. Esta etapa marca los tres años completos de intenso trato con Valdizán y favorece la aplicación de Encinas a la clínica psiquiátrica. Memoraría siempre esta etapa de formación, a la que se agregaba la frecuentación de la tertulia de Valdizán, los domingos en la mañana, con la concurrencia, entre otros, de Honorio Delgado, Juan Francisco Valega, Carlos Krumdieck y Daniel Mackehenie.

Según la "ficha" laboral el 31 de julio de 1931: "viaja a Europa a perfeccionar sus conocimientos". El 5 de octubre de ese año "la Junta de Hospitales le concede un año de licencia". El 16 de octubre de 1932, "pierde el puesto por no haberse hecho cargo".

El 31 de julio de 1936 "La Dirección lo propone para desempeñar el cargo de Médico Anátomo-Patólogo encargado del servicio de autopsias de acuerdo con el presupuesto para el semestre en curso". El 24 de agosto del mismo año "el Director aprobó el acuerdo del C. E. de A. S. H. (Asistencia Social Hospitalaria), de fecha 21 de agosto "nombrándolo para el puesto anteriormente indicado".

En 1940 su salud sufre un quebranto y se le otorga, el 22 de enero, "20 días de licencia con sueldo para atender el restablecimiento de su salud".

El 31 de diciembre de 1967 se jubila por límite de edad y el 1º de enero de 1968 es nombrado por el Ministerio de Salud Médico Jefe *ad honorem* del Laboratorio de Anatomía Patológica del Hospital "Víctor Larco Herrera", cargo que desempeñara hasta su deceso el 29 de septiembre de 1971.

(Datos proporcionados gentilmente por la Dirección del Hospital "Víctor Larco Herrera").

a personaje adverso al régimen, imputación calumniosa que debió causar hondo pesar en el afecto sensible de Don Hermilio.

Enrique Encinas fue también amigo de José Carlos Mariátegui, aunque no perteneció al Grupo "Amauta" ni tuvo militancia política. Formó parte de una de las juntas médicas que se reunían para examinar el estado de salud de Mariátegui. En esa ocasión estuvo acompañado por Hugo Pesce, otro amigo entrañable. Encinas mantuvo de modo invariable vínculos activos con sus coterráneos en general y con los puneños representativos en especial. Contribuyó a formar en 1955, con otros paisanos ilustres, el Instituto Puneño de Cultura. En el Laboratorio del Hospital recibía siempre, con invariable cariño, desde campesinos humildes hasta escritores de la talla de los que fundaron el Grupo "Orkopata" y publicaron el recordado *Boletín Titicaca*. A través de Encinas conocí a algunos. Recuerdo, de modo especial, a Ernesto More, a los hermanos Peralta, Arturo y Alejandro, a Ricardo Arbulú, a Emilio Vásquez, y otros. Arturo, más conocido por el seudónimo de Gamaliel Churata, era un tipo excepcional, con una obra, aún por valorar, contrastante y creativa, que liga el "inconsciente" colectivo de las culturas colla-aymara con la cultura de nuestros días. Para decirlo en términos hoy comprensibles, es "un Amiel altioplánico, aislado, desesperado", una suerte de Leautremond mestizo, pleno de fecundidad" (13). A la muerte de ese extraordinario escritor, dijo Don Enrique en el epicedio leído en el Cementerio, a quien consideró "lo mejor, lo más puro, el de mayor brillo de nuestra generación": "Con qué fiero y retador gesto, alta la cabeza y limpia la frente, te vi en la mesa de autopsia en actitud de atacar a la muerte cuando te llegó, lo mismo que harías con la vida en sus rincones" (14).

* * *

En 1929 Encinas viajó becado por la Fundación "Alexander von Humboldt" para estudiar en el "Kayser Wilhelm-Istitut für Hirnforschung" en Berlín. Permaneció en Europa hasta 1936, la mayor parte del tiempo dedicado a la investigación con los esposos Oscar y Cecile Vogt, en el Instituto de Investigaciones Cerebrales. También se relacionó con Julius Hallervorden, H. Kufs, H. Spatz, A. R. Pfeiffer, esto es, con lo más granado de la neuropatología alemana, en los institutos de Leipzig, Dossen, Munich, Landsburg y Breslau. Ya entonces estaba dedicado exclusivamente a la anatomía patológica del sistema nervioso,

13. Luis Alberto Sánchez (1957): "Un libro americano para indomestizos", *El Nacional*, Caracas.

14. Palabras de Enrique Encinas pronunciadas en el sepelio de Gamaliel Churata el 10 de noviembre de 1969. En Gamaliel Churata (1971): *Antología y Valoración*. Ediciones del Instituto Puneño de Cultura, Lima.

aunque visitaba y asistía a los escenarios de la enseñanza neuropsiquiátrica en Europa. Recuerdo que nos refería, con admiración, las demostraciones clínicas del célebre Profesor Bumke, quien había sucedido a Kraepelin en la Cátedra de Munich, una de las más famosas de Europa, continuadora de la orientación organicista kraepeliana. “Las presentaciones clínicas del Profesor Honorio Delgado se asemejaban a las realizadas en las mejores clínicas psiquiátricas alemanas, en rigor clínico y psicopatológico y en el convincente razonamiento diagnóstico” — señalaba, en una de las frecuentes ocasiones en que se abría a la comunicación y a la evocación cargada de nostalgia.

Encinas obtuvo los mejores provechos de su experiencia europea y su mentalidad, disciplinada y sobria, era particularmente permeable a las exigencias de método de la escuela alemana, a la que agregó una pasantía provechosa en 1935 en el Instituto Cajal de Investigaciones Científicas dirigido entonces por Don Pío del Río Hortega, el más calificado discípulo y continuador del sabio Cajal, Premio Nobel en Medicina 1905. La permanencia en Madrid le permitió el dominio de las técnicas argénticas: sus trabajos publicados dan cuenta de ello. Por exceso de rigor y autocrítica, de perfectismo en la comunicación científica, poco de su producción fue dado a la stampa. No obstante el reconocimiento de su elevada capacidad como investigador en el país y en el exterior, Don Enrique tenía una apreciación más bien discreta de sus trabajos. Invitado como relator a un congreso de neuropatología que se realizó en Roma en 1951, donde concurrieron algunos de sus profesores admirados, Encinas no asistió. Claro que siempre se tiene a mano el recurso de las limitaciones económicas, pero hay otras razones a considerar. “Mis maestros esperaban mucho de mí y por circunstancias diversas he hecho muy poco. Mejor me hubiera sentido ejerciendo la profesión entre los campesinos de mi tierra”, agregaba, en explicación a su reticencia en participar en esos certámenes.

Una revisión panorámica de la obra de Encinas nos pone por delante un conjunto de investigaciones en las que el rigor del método corre paralelo a la claridad de la exposición. Minucioso y fino en lo descriptivo, era más bien sobrio en lo interpretativo. En el estilo, Don Enrique daba cuenta de su formación familiar y sus lecturas. Era excelente prosador, dueño de una capacidad metafórica buida y a veces irónica. Mostraba entonces un singular dominio del idioma, de su esencia. Sólo reservaba para su círculo íntimo, o emergía en improvisadas ocasiones, la demostración de su rica capacidad expresiva. Habría suscrito la expresión de uno de sus maestros, Don Pío del Río Hortega: “de la misma manera como la investigación debe ser limpia, debe serla también en su castellano”. No faltaba el giro arcaizante, el adjetivo erudito, pero de lo que se trataba era de hacer clara y armoniosa la expresión. “Encinas habla en Español antiguo”, decía un amigo, lo que co-

rregía Valega diciendo, "Encinas habla en Español del siglo XVII, del Siglo de Oro".

Una ponencia presentada a la Segunda Jornada Neuro-Psiquiátrica Panamericana, reunida en Lima en marzo de 1939, fue desarrollada como extensa monografía: "Acerca de la variabilidad citoarquitectural de la corteza del lóbulo frontal del cerebro humano". La investigación fue comenzada en Europa y es clara expresión de su búsqueda minuciosa, sus hallazgos originales y su parquedad interpretativa. "Contribución a la histopatología de la parálisis juvenil", primera publicación de Encinas en la *Revista de Neuro-Psiquiatría* —que se honró con su colaboración por largo tiempo— en 1942, es el estudio neuropatológico de un caso de demencia paralítica en una niña de 6 años, estudiada desde el punto de vista clínico por Carlos Krumdieck. En colaboración con el profesor Sergio Bernales, Encinas estudió la "Cisticercosis cerebral con sintomatología de tumor con localización a predominio ponto-cerebeloso". En 1944, en forma de tesis doctoral, publicó su "Contribución a la clínica e histopatología de la endarteritis sífilítica de los pequeños vasos de la corteza". En 1945, en la *Revista de Medicina Experimental*, publicó una "Contribución a la histopatología del distemper canino". Y en el mismo año, producido el deceso en Buenos Aires de Don Pío del Río Hortega, Encinas hizo un rico "bosquejo de su obra".

En 1952, organizado por la Sociedad de Neuro-Psiquiatría y los auspicios de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, se realizó un homenaje a Don Santiago Ramón y Cajal: "La contribución de Cajal a la histología nerviosa" fue el aporte de Encinas. La epidemia de encefalitis que causara numerosas víctimas en la ciudad de Abancay (departamento de Apurímac) lo lleva a publicar, en 1956 con la colaboración de los clínicos que estudiaron los casos, una "Contribución a la clínica y anatomía de la hepatitis epidémica aguda de Abancay". Una complicación grave derivada del tratamiento de un grupo de pacientes esquizofrénicos con dosis elevadas de clorpromacina fue estudiada por Enrique Encinas y Olga Palacios y publicada en 1957 en la *Revista de Neuro-Psiquiatría*.

La obra producida por Encinas, en colaboración con su discípula predilecta, Olga Palacios, debe conservarse aún inédita en parte considerable o sólo se adelantó de ella algunos resúmenes publicados en revistas médicas y especializadas. La presente enumeración podría hacerse mayor pero basta señalar la más significativa.

Encinas fue fundador de la Sociedad de Neuro-Psiquiatría y Medicina Legal en 1938 (hoy denominada Sociedad Peruana de Psiquiatría, Neurología y Neurocirugía), en su seno presentó algunas de sus investigaciones y accedió a su Presidencia en 1959.

La enseñanza marcó toda la vida de Encinas. Iniciada en su

adolescencia en escuela, posteriormente enseñó en el Colegio Dalton, fundado por los hermanos Encinas en 1933, con la conducción de José Antonio, “destinada a poner en práctica —como señala el acta de fundación— la organización escolar ideada por Helen Parkhurst” en la ciudad norteamericana de Dalton.

Graduado de médico, colaboró en la enseñanza de Clínica Médica en la Cátedra de Carlos Monge en el Hospital Loayza. A su retorno de Europa, anexó su Laboratorio en el Hospital “Víctor Larco Herrera” a la Cátedra de Psiquiatría del Profesor Honorio Delgado y se integró a la enseñanza de esta especialidad. En 1943 y por dos años, reemplazó al Profesor Delgado en la conducción de la Cátedra, con la colaboración decidida de Juan Francisco Valega quien ya era Profesor en la Cátedra de Higiene y Medicina Social del Profesor Carlos Enrique Paz Soldán. La incipiente Reforma Universitaria de 1945, facilitada por la Ley 10555, permitió a Encinas su calificación como Catedrático a dedicación exclusiva. La crisis de 1961 lo lleva a renunciar a San Fernando y contribuir a formar la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas (después llamada con más propiedad Universidad Peruana Cayetano Heredia). Fue Catedrático Principal y Jefe del Departamento de Psiquiatría, hasta su jubilación en 1967, año en que fue distinguido como Profesor Emérito de esa Universidad.

De las lecturas predilectas de autores españoles, desde Séneca hasta su último “descubrimiento”, Camilo José Cela, Encinas gustaba de Unamuno, Valle-Inclán y Azorín. Su pensamiento penetrado por una savia moralizante que lo situaba más allá de lo mezquino cotidiano, era significativo del temple en la lucha, la persistencia en el esfuerzo. Hemos dicho en otra ocasión, privilegiando el paisaje en la formación del espíritu, que Encinas unía las mejores virtudes del aimara austero y la gesta y el desinterés quijotesco de vieja tradición hispánica (15). Ahora nos parece insuficiente esta caracterización: es cierto que su cepa bilbaína da cuenta de rasgos definidos de su modo de ser, pero la capacidad de asombro, el mundo mágico entremezclado con fino polvo de fantasía, incorporados desde niño en su contacto con los hombres de tierra adentro y al mismo tiempo próximos a un lago tan grande como un mar, permiten acercarse de un modo más certero a la cautivante personalidad de Encinas. Pero este análisis escapa también a las limitaciones del testimonio que intenta, a la manera fenoménica, apenas una aproximación al alma agonal y voluntarista de quien fuera buen intérprete de la confluencia de dos maneras de conceptualizar el mundo.

Enrique Fernández ha dividido en dos las generaciones en las que Don Enrique influyó de modo decisivo. En la primera, “la del 45”,

15. Javier Mariátegui (1985): *La Psiquiatría Peruana en sus Figuras Representativas*, Instituto Nacional de Salud Mental “Honorio Delgado-Hideyo Noguchi”, Lima.

ubica a Ruperto Ravens, Fernando Cabieses, Rodolfo Landa, Rogelio Bermejo, Humberto Hinojosa y el propio Enrique Fernández. Doy fe de casi todos de los señalados por Fernández y coincido con él que sólo Ravens siguió, y continúa, desde el exterior, la huella del maestro (16).

El mismo Fernández agrega "donde más impacto causaron sus enseñanzas y su vida misma es en la segunda etapa de ese otro tipo de docencia... docencia no de aula sino de tutoría". Se refiere desde luego a aquella de los "anacoretas", así denominados por Valega, por su "austeridad en el vivir, capacidad en el crear", muy al gusto de Don Enrique. Los "anacoretas" sobrepusieron las mundanas tentaciones para acceder al nivel de "libertad" ascética, tal como la entendía Encinas, "porque libres son los caminos y los hombres". Es indudable que el maestro encontró proyectado en ellos sus propias inclinaciones. Entre la generación de "anacoretas", cronológicamente pertenecientes al grupo "del 55", Fernández menciona a Olga Palacios, Hugo Lumbreras, Zuño Burstein, César Náquira, Abelardo Tejada, Juana Infantes y Jorge Montesinos. La relación quizá pudiera extenderse, pero nos contentamos con consignarla (16).

Juan Francisco Valega introdujo a Encinas a su grupo de artistas e intelectuales. Como quiera que Valega sentía, con razón, que en todo hombre de ciencia se encuentra un artista, Encinas se sintió muy cómodamente instalado en ese ambiente. José Sabogal, Julia Codesido, Hugo Pesce, Enrique Camino Brent, Teresa Carvallo, Jorge Falcón, entre las figuras más notorias, formaron parte de este grupo de tertulia y en manifestación de adhesión a la obra de Encinas, en una visita a la Cerebroteca del Laboratorio, ofrecieron donar, en documento escrito, sus propios cerebros, como una contribución a las investigaciones del maestro puneño. Que yo sepa, ninguno de estos potenciales donantes cumplió esta promesa.

16. Enrique Fernández, "arequipeño y profesor universitario" como él sobriamente se caracteriza, en esa enumeración sufre algunos escotomas. Para sólo mencionar uno, se agrega este cronista que, junto con los antecesores de la "generación del 55", fuéramos habituales y consecuentes contertulios. Encinas tuvo el raro privilegio de orientar, respetuoso de sus "inclinaciones innatas", a la gente que a él se acercara. Por ejemplo, los que nos inclinábamos por la clínica psiquiátrica, éramos derivados a Rotondo o Majluf, según fuera nuestro interés la patología mental del adulto o del niño. La Biblioteca de Encinas, copiosa y en su tiempo la única actualizada en lo que hoy abarcativamente se llama "neurociencias", fue un centro de reunión y el elemento catalizador de las más diversas tendencias. Encinas propició, generosamente, estos encuentros, independientemente de los intereses presentes en su espíritu. Alguna vez he mencionado que quienes, en el campo psiquiátrico, gravitaran con mayor peso en nuestra generación, se encontraban Honorio Delgado, Enrique Encinas y Humberto Rotondo, que tenían de común su condición de *scholars*, en el sentido anglosajón del término. Creo que se aproxima a esta definición la contenida en la nota preliminar al texto de MacLeish *A time to speak*, traducido por Francisco Aguilera: "Por *scholar* se entiende, en el presente ensayo, una persona profundamente versada en una o varias ramas de las humanidades. Las palabras castellanas sabio, hombre de estudio o de gabinete, erudito, investigador, humanista, traducen distintas facetas del amplio significado y alcance de *scholar*. En el curso de la traducción, este comprensivo vocablo inglés ha sido traducido ya en una o en otra de las formas indicadas, según el sentido del texto". Nota de Francisco Aguilera a la traducción de *Los Irresponsables (A time to speak)*, por Archibal MacLeish, Editorial Losada, Buenos Aires, 1942.

Encinas, como Valega, era amante de la naturaleza y aficionado a la botánica. Con el célebre botánico de origen alemán Augusto Weberbauer —autor de la obra *El mundo vegetal de los Andes Peruanos* (1945)—, solía caminar por cualquier parque de la ciudad, entreteniéndose en la identificación de las plantas. “Y después dicen que Lima no tiene hermosa vegetación” acotaba irónicamente. Esas excursiones, destinadas a “arborear”, se realizaban los domingos o feriados, desde la mañana hasta el crepúsculo. A la hora del almuerzo comían “la merienda” que llevaba Weberbauer en un paquete: un trozo de pan con queso y unos sorbos de vino tinto.

Don Enrique sufría de diabetes y mantenía una dieta que hacía aún más austero su estilo de vivir. Como complicación tuvo una neuropatía y después un herpes muy doloroso que soportó con estoica resignación. Un infarto cardíaco dio término a su noble existencia el 29 de septiembre de 1971. La crisis coronaria lo sorprendió en su Laboratorio, donde seguía concurriendo invariablemente no obstante su jubilación en 1967. Había solicitado a Enrique Fernández que si enfermaba lo llevaran al Hospital del Rímac: “no quiero clínicas” había dicho. Se desprendió de su envoltura corpórea silenciosa y modestamente, como fue su tránsito vital.

* * *

Conocí personalmente a Don Enrique en 1949, en las vacaciones —si así puede denominarse al lapso que mediaba entre un año y otro de la carrera médica— del primer año en San Fernando. Una comunicación telefónica, en el estilo que después descubrí que caracterizaba al maestro, me puso en contacto con él: “Habla Enrique Encinas, que fuera amigo de su padre y lo es ahora de su madre. Sé que ha iniciado estudios médicos y quiero estar cerca de Ud. en este tiempo. Véngase mañana al Hospital, al manicomio de La Magdalena, a mi Servicio de Anatomía Patológica”. Concurrí puntualmente al día siguiente, a los ambientes que fueron edificados por Don Víctor Larco Herrera para la tarea docente de Hermilio Valdizán y para el Laboratorio de Psicología Experimental una mañana de verano. Me recibió con la sencillez que después comprobaría como distintiva de su personalidad. Enfundado en un “mandil” de médico (la “túnica de Esculapio”), con sandalias, acercó una silla a la suya y me dijo más o menos lo siguiente: “Fui amigo de su padre y me cupo la responsabilidad de atenderlo y participar en una junta médica. Le diré ahora lo que entonces señalé: que a su padre le sobraron cirujanos y le faltaron clínicos; por ello la amputación y otras alternativas quirúrgicas a lo largo de su vida, que no fue larga. Quisiera que su carrera en San Fernando tuviera como eje central o punto de apoyo, este Servicio y en especial su Biblioteca. Le

recomiendo no acercarse prematuramente a la clínica psiquiátrica, si ese es su interés. Haga la medicina estricta en los hospitales generales y frecuente este Laboratorio para afinar su cultura anátomo-patológica y, principalmente, para tener un lugar aislado y propicio para sus estudios". Me dio entonces la llave de la Biblioteca, en señal que podía frecuentarla en cualquier momento, y así lo hice por algunos años, hasta que la proximidad del Curso de Neuropatología, que conducía de modo excelente el maestro Julio Oscar Trelles, estaba cercano. Entonces, con un par de amigos (recuerdo en particular a Rómulo Nemesio Marchena Carranza), en el verano que precedió a la sexta matrícula, asistimos todas las tardes al Laboratorio y estudiamos el cerebro en sus estructuras morfológicas mayores. Usando el macrótomo, hicimos nuestros propios "cortes", a lo Flechsig y a lo Charcot. Esta experiencia facilitó, de modo importante, el encuentro con la clínica neurológica del Hospital Santo Toribio de Mogrovejo, por la orientación anátomo-clínica de su enseñanza.

Gratos momentos disfruté en la Biblioteca del Servicio de Encinas. La tranquilidad del lugar —sólo a ratos interrumpida por algún paciente del Pabellón N^o 8—, la discreta movilización de quienes ayudaban a Encinas en sus trabajos de investigación, fueron de tal manera estimulantes que fueron muchos los domingos que preferí esa quietud incitadora a la de mi propio domicilio, en tiempos en que ya disponía de un ambiente propio para estudiar.

Distante de las "estructuras muertas" que antes representaba la anatomía patológica, más allá del método positivo, del materialismo mecanicista y su causalidad lineal, la neuropatología no me sedujo ni aun "vía Encinas", quizá el más calificado iniciador en sus misterios entre nosotros. Don Enrique lo sabía y no intentó dar curso distinto a mis inquietudes. Por el contrario me alentó al cultivo de la psicopatología y la clínica y su Laboratorio fue el escenario de las experiencias que forman mi tesis de bachiller en medicina sobre "Psicopatología de la intoxicación experimental con la LSD-25. Estudios en normales y en esquizofrénicos" (17). Pero no perdía oportunidad para observar, a su invitación, una que otra lámina al microscopio. Siempre me fascinó la expresión de Encinas ante algunas de sus observaciones, el placer estético que derivaba de ellas. Más de una vez se me antojó un artista perdido en el mundo de la estructura nerviosa. En el estudio en que revisé la obra de Pío del Río Hortega encontramos proyectada esa básica actitud: "Cuánta finura en las descripciones que para los profanos o veleidosos pasan desapercibidas; con cuánta certeza ubican hechos y analizan sus circunstancias y las siguen y persiguen por el medio de las más inextricables marañas hasta sus definitivas metas y asientos, anotando caracte-

17. Javier Mariátegui (1956): "Psicopatología de la intoxicación experimental con la LSD. Estudios en normales y en esquizofrénicos", *Revista de Neuro-Psiquiatría*, 19: 474-517.

rísticas que sólo a sus experimentados ojos aparecen claras, y precisos detalles de formaciones y de sus nexos. No hay para ello hilo perdido ni madeja que no desovillen paciente y sabiamente, ni significación que no le acuerden, y conexión que no descubran. Si la joya del orfebrero es valiosa por su belleza, es mayor viéndola burilar y pulir. Maravilla el arte y el artista. Y aunque la comparación aparezca en sí distante, no lo es tanto a los ojos del esteta que belleza es la una porque la es, y la otra también por el arte con que la presentan y “pintan” y por la belleza que encierra la verdad, y la verdad es lo que ven los ojos maravillados del investigador en la platina del microscopio cuando asiste al desarrollo y aspectos de las constelaciones en sus más inigualadas ubicaciones en los tejidos. No es posible pues, repito seguirle sólo en sus escritos sino en la manera como guían sus empeños y sobre ésto como ilustran sus obras y dialogan con ellas... Se podría hablar de la iconografía histológica neurológica de una verdadera escuela española, de la misma manera como en la pintura se habla de la flamenca o italiana...” (18).

Encinas, reiteramos, se relacionó, desde el comienzo de sus estudios médicos, a Hermilio Valdizán, impar maestro. Tengo a la mano el ejemplar de la tesis doctoral de Valdizán *La Alienación Mental en el Antiguo Perú*, dedicada al entonces joven puneño, estudiante de Medicina (19). Creo acertar al señalar que la forma en que Encinas se relacionaba con los demás, en particular con los enfermos mentales, denotaba la franca impronta del maestro huanuqueño: sencillez, cordialidad, aproximación cálida y respetuosa a la persona humana.

Cuando hacíamos nuestra primera experiencia formal en la clínica psiquiátrica, Encinas nos encomendó el estudio de una campesina puneña, referida por sus coterráneos para asistencia especializada. La internamos por unos días en el Servicio de Admisión y me esmeré en una prolija historia clínica, en la que recibí la ayuda de algún auxiliar del Hospital para la traducción del aymara, pues se trataba de una persona con poco conocimiento del castellano. Me preparé con mis mejores recursos anamnésicos y semiológicos, a la presentación del “caso”. Después de terminada la presentación, me indagó Don Enrique sobre el diagnóstico. Expresé con la petulancia que da la bisonía, que se trataba de un “caso” de esquizofrenia hebefrénica y lo fundamenté con el respaldo de lecturas conspicuas de clásicos en este desorden. Al término de la presentación, con esa risita indulgente que lo singularizaba, Don

18. Enrique Encinas (1945): “Don Pío del Río Hortega. Bosquejo de su obra”, *Revista de Neuro-Psiquiatría*, 8: 262-387.

19. Hermilio Valdizán (1915): *La alienación mental entre los primitivos peruanos*, Tesis de doctorado en Medicina, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Separata de 97 páginas de la Revista Universitaria, Lima. Dice la dedicatoria: “Al señor Encinas, afectuosamente. H. Valdizán” (sin fecha).

Enrique indagó sobre el tratamiento que recomendaría para la paciente. Eran tiempos en que los tratamientos biológicos tenían no sólo actualidad sino preeminencia, no obstante el auge creciente de los psicofármacos, a partir de la clorpromacina. La “cura de Sakel”, así llamado entonces el tratamiento insulínico, tenía particular nombradía. Propuse pues, continuar con el internamiento de la paciente, someterla a la “cura de Sakel” y hacer todo un estricto programa adicional con psicofármacos. “¿Y después?” —interrogó el maestro. “El seguimiento del caso, por un lapso no menor de dos años para atender posible recidiva”, respondí. Después de un discreto elogio del historial, agregé enfáticamente: “Si seguimos sus recomendaciones esta pobre campesina se convertirá en una paciente más de este Hospital, con una permanencia indefinida. Valdizán fue de los primeros en señalar la «tolerancia social» de los nativos peruanos hacia los enfermos mentales. Aceptan su presencia en la comunidad, los cuidan cuando ha menester, lo incitan a colaborar en tareas sencillas en los tiempos de siembra o cosecha, en fin, saben convivir con ellos. Esta campesina debe volver a la comunidad sin ningún tratamiento que la haga depender de la medicina llamada «científica». Será mejor tratada por la medicina tradicional”.

* * *

Enrique Encinas no acumuló riqueza desde que vivía sólo del magro sueldo del Hospital y la Universidad, pero su estilo austero de vida le permitió dejar unos ahorros que destinó, por testamento, a la edificación, en el pueblito de Yanaqué del Distrito de Acora, de un complejo agro-educativo-sanitario “para que los “llocallas” de esa localidad aprendan a leer y escribir” que debía llevar el nombre de su madre “Matilde Franco de Encinas”. Razones diversas impidieron el cumplimiento de este deseo. Dispuso también que la “Casa de los Encinas” donde naciera en Puno, ubicada en lugar céntrico de la Ciudad, “sea destinada como local del “Centro de Recuperación Nutricional del Hogar de la Madre” (20). Otro gesto de desprendimiento de Encinas fue donar los suelos acumulados en su condición de Profesor Principal y Jefe del Departamento de Psiquiatría, a las arcas siempre escasas de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

El inconformismo, el perfectismo, la autocrítica extremada, fueron algunas de las características que deben tenerse en cuenta al enjuiciar la obra escrita de Encinas y la relativamente escasa productividad

20. Violeta Gandolfo de Guerra (1970-1972): “Enrique Encinas Franco”, *Anuario Bibliográfico Peruano*: 524-529, Lima. Se trata de un registro casi completo de la bibliografía de Encinas. Se omiten algunos trabajos, difíciles de ubicar en los campos científicos especializados que cultivó Encinas, por ejemplo, el realizado en colaboración con Oscar Soto en 1926 sobre “Diagnóstico clínico y radiológico de la bronquiectasia”. quizá la primera publicación médica de Don Enrique.

de quien era no sólo un trabajador infatigable y empecinado sino que vivía en permanente hervor creativo. Estas características dan cuenta, también, de algunos aplazamientos y de visibles procrastinaciones. Por ejemplo, para los fines de la carrera universitaria, era menester que Encinas tuviera el doctorado en medicina. Seguramente que, celoso de su autoimagen y del rigor en el fondo y la forma, hubiera postergado indefinidamente la obtención de este grado de no mediar el Profesor Monge, quien lo instó, de modo casi perentorio, a que diera carácter y estructura de tesis a un trabajo que Encinas tenía ya listo: *Contribución a la clínica e histopatología de la endarteritis sífilítica de los pequeños vasos de la corteza*. Así se graduó de doctor en mayo de 1944. Cuando la Academia Nacional de Medicina lo promovió a la categoría de Titular o Miembro de Número, adelantó el título de una síntesis ambiciosa: "Contribuciones recientes al conocimiento del cerebro". Por algún lugar deben estar los textos que compondrían ese trabajo de incorporación formal que era postergado año por año. Finalmente, Encinas murió sin incorporarse formalmente a la Academia y el discurso de presentación, que había solicitado a su amigo el Profesor Jorge Avendaño Hübner, se publicó póstumamente, trocando el elogio en elegía (21).

Si nos esforzáramos en un intento de paralelismo sólo encontraríamos en la personalidad y la obra de Daniel Mackehenie una aventura vital parangonable. Jorge Basadre se expresa así de Mackehenie: "Fue una personalidad, austero, modesto y original, no apreciado debidamente; de indudable honradez científica, laborioso y constante; se caracterizó además por su bondad y sencillez, su cultura era extraordinaria; su inquietud mental ilimitada...". Son caracterizaciones enteramente superponibles a Encinas. Y el paralelismo se hace mayor si se recuerda el escepticismo en la terapéutica de la medicina actual que fue patente tanto en Mackehenie como en Encinas. "Alejado casi de la práctica profesional —escribe Mackehenie— tal vez por faltarme aquella fe terapéutica, aquella fuerza mágica y sugestiva sin la que no hay éxito, tuve que refugiarme en regiones más serenas, pero mi aparente deserción no significa apartamiento de la lucha contra el mal" (22). Encinas no dudaría en suscribir estos asertos. Así lo ejemplifica la anécdota referida en torno a la evaluación y las "alternativas terapéuticas" de la

21. Jorge Avendaño H. (1983): "Enrique Encinas. Un beneditino de la Neuro-Patología", en *Perfiles de la Medicina Peruana*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima. Dice textualmente Avendaño: "La Academia Nacional de Medicina, siempre deseosa de incrementar las filas de sus integrantes con los elementos más destacados de la profesión, nominó a Enrique como Miembro de Número; desgraciadamente transcurrió el tiempo y sus recargadas ocupaciones, su exagerada modestia y tal vez su desmesurada autocrítica, postergaron su incorporación. pese a que demostró su decidida voluntad, pues nos solicitó para que actuáramos saludándolo en nombre de dicha institución, lo que para nosotros habría significado honrosa satisfacción, que desgraciadamente se truncó por su deceso el 2 de septiembre de 1971". Avendaño elaboró su tesis doctoral sobre meningo-exotelomias en el Laboratorio de Encinas.

22. CF. en Avendabo H., J. (21).

campesina puneña que hemos evocado deliberadamente como demostrativa de una actitud que hoy llamaríamos “comprensiva” frente al enfermar psiquiátrico en determinada situación socio-cultural.

Encinas fue en vida un maestro integral, suscitador de inquietudes, agitador de esperanzas. Vivía —y sufría— con intensidad, la “realidad profunda del Perú”.

Aunque apartado de la clínica psiquiátrica, su personalidad era la más favorable para el contacto intenso, auténtico con el enfermo mental. Catalizó vocaciones desde su Laboratorio e hizo la “revolución de los espíritus” desde su Biblioteca, abierta, como él, a todas las corrientes doctrinarias de la Psiquiatría y la Neurobiología. Era, como lo dijimos una vez de Valega, parafraseando a un ensayista español, “catedrático libre de la universidad libérrima de la vida libremente vivida”.

Terminado el 29 de septiembre de 1986,
al conmemorarse el XV Aniversario de
la desaparición física de Enrique Encinas,
Maestro Paradigmático.